

# Sobre economía agraria, tijeretazos y un poco de historia

Hace pocas semanas tuve la oportunidad de participar en la reunión plenaria de la Sociedad Alemana de Economía y Sociología Agrarias (identificada por la sigla GEWISOLA), que tuvo lugar en la ciudad de Berlín. Una reunión de excelente nivel con interesantes contribuciones científicas centradas en la problemática de las estructuras y cambio estructural agrario. En realidad el tema, si bien básico, es algo pesado, pero se recurre a él cuando no hay ni Rondas GATT (ahora WTO) ni reformas de la PAC a la vista. La apertura de la Unión Europea hacia el Este es un tema demasiado pavoroso como para hincarle diente así como así.

Un incidente rompió, no obstante, la monotonía de los procedimientos. O, mejor dicho, la reacción de este participante a un anuncio hecho por un representante de una alta instancia política trajo un poco de movimiento a esos procedimientos que, por lo meticulosos, no hubiesen saltado de sus goznes ni siquiera ante una aseveración monstruosamente miope (y me dejó llevar por mi gusto mediterráneo por los adjetivos) a no ser por -modestia reposa- destemplada observación por parte de mi persona.

Ese representante político, digo, anuncia un recorte del treinta por ciento (en cifras: 30%) de los fondos para la investigación agraria del Gobierno federal, a escalonarse en los próximos diez años. Y entre los argumentos que se esgrimen para justificar esa decisión se manifiesta que la Economía Agraria no se cuenta entre las «áreas de investigación de punta». En este momento, y ante la pasividad general de la audiencia -resignada, tal vez-, este participante creyó necesario puntualizar que la justificación esgrimida estaba completamente fuera de lugar, especialmente en un foro de economistas académicos. Que nos desmonten el tenderete, ya vale; a muchos les sucede últimamente; que encima de eso un burócrata nos trate de trogloditas en plena cara, es harina de otro costal.

Hubo que solicitar una intervención y recordarle a los presentes que, si consideráramos que el progreso se condensa en cosas como un horno de microondas, habría que concederle la razón al ponente del «Bundesministerium». Por lo contrario, si se abrigan fundadas las sospechas que el progreso tiene que ver con cosas algo más abstractas, como las innovaciones en nuestra forma de pensar y de percibir nuestro destino como criaturas racionales, entonces la fundamentación del tijeterazo es inadmisibile.

Veamos; en los albores del pensamiento económico moderno, que se hace reconocible a comienzos del siglo XVIII, las contribuciones más definitivas y que continúan afectando nuestra forma de enfocar esta problemática 250 años más tarde, surgen de la pluma de ilustres economistas agrarios. Empecemos por Francis Quesnay, francés (1694-1774). Fundador de la escuela de pensamiento denominada fisiocracia, que sostenía que la actividad agraria era la fuente de toda la riqueza. Era natural, Quesnay vivía en una sociedad fundamentalmente agraria. Muchas de sus ideas han sido superadas, pero no sin antes orientar y suministrar abundante material de discusión a ilustres sucesores. le debemos la invención del «Tableau économique

LEONARDO

• Puntos de Vista

ENTREVISTA

• Ensayo

INVESTIGACIÓN

• Historia y evolución de la agricultura

OPINIÓN

• Desarrollo agrícola

• El agua en el mundo

• Agricultura y medio ambiente

• La agricultura en el futuro

• Agricultura y desarrollo

• Agricultura y comercio internacional

• Temas

• Agricultura y tecnología

• Agricultura y medio ambiente

• El medio ambiente agrícola

• Agricultura y desarrollo

• Agricultura y comercio internacional

• Agricultura y desarrollo

• Agricultura y medio ambiente

• Agricultura y desarrollo

• Agricultura y medio ambiente

• Agricultura y desarrollo

• Agricultura y medio ambiente

• Agricultura y desarrollo

• Agricultura y medio ambiente

• Agricultura y desarrollo

• Agricultura y medio ambiente

• Agricultura y desarrollo



Horticultura es una revista de agricultura y medio ambiente de carácter científico y técnico, dirigida a los profesionales de la agricultura y medio ambiente. Se publica trimestralmente.

d'ensemble», una representación aritmética de los flujos económicos de la sociedad que aún tiene vigencia hoy.

Dejemos de lado a Adam Smith. Fundador de la Economía moderna, su obra trasciende todo intento de clasificarla. Pero sin duda elementos básicos que conducen a sus reflexiones centrales son de origen agrario. pero no podemos saltarnos a David Ricardo (1772-1823). Nacido en Londres, en una familia de origen portugués. Sus contribuciones al desarrollo del pensamiento económico clásico son invalorable, incluyendo aportes a la teoría del valor que, si bien han sido abandonados posteriormente en beneficio de otras interpretaciones, influyeron para que Marx se apartase de la línea de pensamiento económico clásico y fundase su escuela alternativa.

Bien o mal, esto también ha marcado las vidas de millones de personas durante generaciones. Otro aporte de Ricardo que sí permanece inamovible en los libros de texto de economía general es la teoría del comercio internacional basada en las ventajas comparativas absolutas y relativas.

La interpretación de que siempre es conveniente concentrarse en lo que uno puede hacer mejor y obtener del vecino aquello para cuya producción estamos relativamente menos dotados (aunque yo escriba a máquina mejor que mi secretaria, saldré beneficiado si yo invierto mis recursos -tiempo, en mi caso- en la investigación y le dejo a ella que se ocupe de mi correspondencia), la aporta Ricardo en términos de intercambio de productos agrarios e industriales. Ah, sí, y su discusión del tema de la renta de la tierra; pero dejemos a Ricardo por aquí.

Malthus (1766-1834) estaba preocupado por la carrera entre la producción -agraria- y el incremento de la cantidad de bocas a alimentar. Si bien las ideas de este «profesor de la ciencia lúgrube» han sido puestas al paio -por ahora- en el mundo occidental mediante el progreso tecnológico, hay más de una esquina del planeta donde todavía siguen teniendo vigencia.

Pero lleguemos un poco hasta el presente. Los economistas agrarios han obtenido, que yo recuerde en este momento, dos Premios Nobel. Sir Arthur Lewis, nacido en Santa Lucía (Antillas) en 1915, ha sido galardonado por su aporte a las teorías del desarrollo económico, así como Theodor Schultz (norteamericano, nacido en 1902), otro economista del desarrollo más ortodoxo que Lewis, con importantes aportes también en el área de la economía de la educación.

Y no tan galardonados y tal vez solo conocidos en círculos más especializados, Yujiro Hayami (japonés, contemporáneo) y Vernon Ruttan (norteamericano, contemporáneo), coautores de la teoría de la innovación tecnológica inducida, que explica como la aparición de innovaciones tecnológicas (o al menos su imposición) puede vincularse con los imperativos del mercado mediante una comparación del desarrollo agrícola en el Japón y en los Estados Unidos durante el último siglo. Y John Kenneth Galbraith, canadiense, norteamericano de adopción, aproximándose ya a su nonagésimo aniversario (1908), pero aún escribiendo y lanzando al ruedo estimulantes ideas, tras haber fertilizado el interesante campo de la economía industrial con su best-seller (raro en un economista que sea capaz también de escribir best-sellers) *El Estado Industria*. (1968)

Seguramente me he dejado un par de docenas de nombres en el tintero, me disculpo por razones de espacio, de memoria y de simple desconocimiento. Pero al caballero del Ministerio había que ponerlo en su sitio, allí en Berlín. La economía agraria en particular, y la agricultura en general, han dicho y todavía tienen mucho que decir sobre la forma en que hombres y mujeres pensarán, trabajarán y se realizarán en el futuro. Y eso es, mi querido amigo, esa tan «de punta» y digno de apoyo como cualquier electrodoméstico novedoso.

---

**La economía agraria  
y la agricultura todavía  
tienen mucho que decir  
sobre la forma en que  
hombres y mujeres  
pensarán, trabajarán  
y se realizarán en el futuro.**

---



Dr. MIGUEL  
MERINO  
PACHECO

Economista agrario.  
Investigador  
independiente.